

MADRID.— Es bien curioso cómo algunas gentes aparecen ante uno cual portavoces del cambio o heraldos del futuro. La misma persona que, media hora más tarde del suceso, me comunicó la noticia del asesinato del Almirante Carrero Blanco, volvió a transmitirme, el pasado viernes día 17 de octubre, la de la gravedad del Jefe de Estado. Ambas noticias, para mayor coincidencia, me fueron dadas en el mismo punto: la calle de General Oraa, cercana a la casa que habito cuando estoy en Madrid.

Hay momentos en la vida colectiva de los pueblos en que los individuos experimentan la sensación de haber llegado a un punto límite, a una situación trascendente; es como si se hubiera doblado la página de un libro, aquella donde finaliza un capítulo, como si se subiera alcanzado el lugar en donde un camino se bifurca o como si se hubiera ascendido a ese estado trascendente característico del fin de un ciclo que los espiritualistas hindúes denominan: Kali Yuga.

En dicho estado y dentro del interior del individuo luchan dos sensaciones encontradas: angus-

tia y esperanza. Incapaces de coexistir pacíficamente, ambas tendencias luchan por imponerse, y así unas veces el futuro se antoja amable, cual puede ser la risueña estampa de una excursión en barca, y otras veces preñado de oscuras amenazas.

Cuando mi informante me comunicó que, en razón de una crisis cardíaca, Franco se hallaba en estado crítico, manifesté mi escepticismo. «¿Cómo lo sabes? ¿Es que tienes hilo directo con el Pardo?»

Pero al ampliarme los datos entendí que la noticia era fidedigna. No obstante, y casi a la misma hora, las fuentes informativas daban cuenta de que el Caudillo presidiría el Consejo de Ministros.

Al día siguiente, sábado, asistí a un concierto en el Teatro Real. En el entreacto y por mediación

de una personalidad bien informada, supe que en verdad el estado del Generalísimo era crítico, y así mientras la orquesta tocaba la «Sinfonía Fantástica» de Berlioz, yo sin atenderla pensaba en los cambios de un futuro que pronto sería presente.

Se trata de una transformación honda para cuantos nos hemos criado dentro de este orden, hasta el punto que apenas si ya recordamos nada diferente. Yo, por ejemplo, tenía diez años al iniciarse la guerra civil; mi primer recuerdo es el advenimiento de la II República española, aquí en Madrid, una vez teniendo yo unos 6 años vi casualmente a don Manuel Azaña, y también me acuerdo perfectamente de Santiago Casares Quiroga y de Gloria, su mujer, entrevistados en el jardín de una quinta coruñesa. Pero, apar-

te de estas tres vivencias que aún me ligan al orden anterior, toda mi vida de niña, de joven y de persona madura ha transcurrido bajo este sistema. Mi mente está, como el NODO, henchida por la figura maximalista: El Caudillo inaugurando una presa, o una fábrica o un grupo escolar; el Caudillo presidiendo el Consejo de Ministros; el Caudillo bajo palio, el Caudillo pescando...

De repente, y aun sin fallecer su Excelencia el Jefe de Estado, he aquí que a partir del martes 21 de octubre en que a los españoles nos dieron el primer parte médico oficial de su estado crítico, se produce no diría yo que un vacío (las Instituciones estaban y están vigentes), pero sí un desenfoque de visión como si la lente del destino girara hasta encuadrar la figura del joven P-íncipe de la Casa de Borbón, futuro rey de España.

Impresiona terriblemente esa larga lucha del General Franco contra la muerte. No hay duda de que, como muy bien ha señalado en el «Times» ese psiquiatra inglés, la voluntad de vivir puede alejar o al menos posponer la muerte aún hallándose el paciente en una circunstancia crítica.

Cuando en alguna tertulia en donde el espíritu imperante era muy contrario al sistema escuché que algunas personas hablaban de Franco, yo siempre les dije que era muy difícil para nosotros juzgarle, que este hombre ya pertenece a la Historia y será ella la que emitirá el juicio final, pero que, en todo caso, se trataba de una persona fuera de serie. No es un hombre hecho digamos a la escala humana, no es un general como otros muchos anteriores, un Primo de Rivera, un Espartero, un Narváez... Por si ya no lo hubiera probado suficientemente en el curso de toda su vida, ahora tenemos la última visión de su lucha con la muerte que se presenta también como el epílogo de su larga lucha contra Africa.

Se ha dicho, y «Cambio 16» lo confirma cautelosamente, que al Generalísimo le «saltó» el corazón el pasado jueves 16 de octubre cuando tuvo noticias de la llamada «marcha pacífica» o

«marcha verde» que Marruecos dirigía contra el Sahara.

Pese a las frecuentes arritmias ni por un instante Franco aceptó la posibilidad de marginarse delegando responsabilidad para ganar el descanso que hubiera podido salvar su vida. Mientras las primeras noticias de su estado trascendían en los ambientes clínicos, el Generalísimo insistió en presidir el tradicional Consejo de Ministros del viernes. Entretanto iban llegando al Pardo desde La Paz todos esos aparatos extraños y escalofriantes capaces de reanimar un corazón que desfallece o muere. Asimismo iban llegando los médicos —recordando muy lejanamente la situación lo sucedido en la agonía de Fernando VII—. Alertada ya la clase política, se reanimaba igualmente la oposición.

Lo sucedido en aquel Consejo de Ministros yo no creo que tenga precedentes en la Historia, pues aunque ahora se recuerda a Pompidou y a su larguísima enfermedad en el poder, en verdad jamás llegó a tan dramáticos extremos. Franco les recibió sentado y parece que ninguno de los ministros era conocedor de que el Generalísimo tenía tres electrodos en el pecho junto al corazón y que estos electrodos se encargaban de enviar información a una pantalla televisora sita en una sala contigua, en donde un equipo médico vigilaba la imagen.

Se comenzó por hablar del Sahara y de la «marcha pacífica» y el corazón de Franco se desbocó como un caballo loco. Los médicos se pusieron a gritar en la sala inmediata, creándose una confusión total, pero Franco resistió aquel primer embate como sigue resistiendo todavía hoy, en el momento en que yo escribo esta crónica. Acaso aún la situación será la misma cuando ustedes la lean.

Ocho días después, el viernes 24 de octubre, ya establecida oficialmente su gravedad, el Caudillo insistió en despachar con Arias. «Excelencia —le dijo uno de los médicos— el equipo clínico considera que dado su estado es necesario que anule todas sus actividades.» «Bien —respondió Franco— ¿qué puede ocurrir?» «Puede ocurrir que Vuestro Excelencia muera...» «Bien, bien, digan a Arias que pases».

También impresiona este sentido del humor, muy galaico, llevado hasta la agonía. Así su respuesta al médico que le comunicaba que se retiraba a su casa para comer: «Hace usted muy bien, comerá mejor que aquí».

AL PASAR LA PAGINA

Por VICTORIA ARMESTO

Por SEOANE

CARANTOÑA



HASSAN II, LOGO DO SEU SONO IMPERIALISTA

MULTAS DE 400.000 Y 100.000 PESETAS A DOS SACERDOTES DE GRANADA

Uno de Pamplona ha sido sancionado con 300.000

GRANADA, 4. — La autoridad gubernativa ha impuesto una multa de cuatrocientas mil pesetas al párroco de Jorairatar-Cojayar, don José Rodríguez Tirantes, en relación con determinados rezos en el curso de una misa celebrada el 29 de septiembre pasado.

Asimismo, por similar motivo, ha sido sancionado con una multa de cien mil pesetas don Juan Pides, de la parroquia del puerto de Motril.

Por otra parte, en relación con los cuatro últimos sacerdotes granadinos multados, se ha sabido en fuentes próximas a los mismos que don José Antonio Morales Maldonado, párroco de Motril, multado con cien mil pesetas, cumple los treinta días de arresto sustitutorio por no haber pagado la sanción, don José Ubago Ruiz, coadjutor de la parroquia de Capuchinos (también en Motril) y multado con trescientas mil pesetas, cumple igualmente arresto sustitutorio desde el pasado 22 de octubre, en una casa reli-

giosa de las afueras de Granada, como el anterior.

El tercer sacerdote multado, don José Antonio Rosillo Prados, párroco de Algodón, sancionado con cuatrocientas mil pesetas, ha elevado a la autoridad gubernativa recurso de pobreza, sin que hasta el momento haya recibido comunicación alguna. El cuarto, don Elías Alcalde Martín, párroco de Safaraya, multado también con cuatrocientas mil pesetas, ha hecho el depósito del tercio de la sanción, previo el recurso correspondiente. —(EU. ROPA PRESS).

SACERDOTE MULTADO EN PAMPLONA

PAMPLONA, 4. — El gobernador civil de Navarra, ha impuesto una multa de 300.000 pesetas al sacerdote Jesús Lezaun, por una homilía pronunciada en la parroquia de «El Salvador» de Pamplona, el pasado 5 de octubre, en la misa de la una de la tarde. La homilía en cuestión constaba de tres partes, una de las cuales era un poema —(CIFRA).